

## PAULA JIMÉNEZ



© Valentina Rebassa

Nació en la Ciudad de Buenos Aires en 1969. Es psicóloga. Colabora en la revista *Hablar de poesía*.) En 2006 recibió el Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero y Hernández de Plata. Textos suyos integran diversas antologías argentinas e hispanoamericanas. Ha publicado: *Ser feliz en Baltimore* (2001); *Formas*, libro y cd (2002); *La casa en la avenida* (2004) y *La mala vida* (2007).

## Me pedías que hablara de ese árbol

Me pedías que hablara de ese árbol  
donde yo  
te miraba acurrucarte,  
*la historia de la familia*, me decías.  
Ahora veo de lejos tu mano temblorosa  
apretando la pluma contra el cuaderno  
y el pulso salido de la vaina  
por ser firme.  
Yo imitaba tu letra en mi deseo  
infantil de cambiar  
lo que en vos era vacilante  
o dicho a medias.  
Mirando Meteoro imaginaba  
la secuencia de trazos, la textura  
irrompible de su casco  
y las facciones del *enmascarado*  
que para mí eras vos. Una noche  
te soñé como un robot exacto, yo sacaba  
piezas intercambiables de tu cuerpo  
que no podía morir.  
Despierta o sola estoy  
afuera de mi sueño ¿Quién dijo  
que del vientre de un padre  
no se sale? ¿quién jura  
no haber estado adentro?

## Con saña o descuido

Con saña o descuido, lo frágil  
resbalaba de nuestras manos y se hacía polvo  
en el piso. *No anden descalzos,*  
decía la abuela, *porque los vidrios*  
*se les clavan en los pies.* Quizás buscábamos  
averiarnos también, que por un día  
nuestra vida fuera otra.  
Romper era probar cuánto duraban, alterar  
ese orden que los grandes le daban a las cosas.  
La franela o el plumero  
detenían la erosión, el gran desastre,  
como lo hacía el pararrayos de la iglesia  
en las noches tormentosas. Sin embargo  
qué no hubiéramos dado por ver  
la caída de un rayo entre nosotros, todo Caseros  
en llamas y el rugido furioso  
expandiéndose por la avenida. Yo prefería  
que las polillas se comieran los tapados  
a ese olor rancio, el acre  
de un ropero abierto en los inviernos.  
Expuestos al desgaste  
estaban los objetos de la casa, será por eso  
que rompíamos todo. *Hoy crecí,*  
dijo mi hermano un día, *porque quiero arreglar*  
lo que está roto.

## Si tu grito es un ladrido

*Indio Solari*

I

Criaba labradores en su casa,  
todo el fondo era de ellos. Jardín no había,  
ni césped, tierra rasa y a la sombra del árbol  
una hamaca «para tirarme a leer  
ciencia ficción». Me lo imagino libro en mano  
con las piernas cruzadas y los perros  
rodeándolo como una alfombra negra.  
Una noche, después de llenar tachos  
con agua y alimento entró a su cuarto  
y se coló unas pepas. «Vos te burlás, yo quiero  
saber del más allá» decía y no pensé  
que hablaba en serio. Fanático del género,  
desde el barrio Villa Urquiza organizó  
su propio viaje a las estrellas y de ese plan  
sideral no tuvo dudas. Se quedaron los perros  
varados en el fondo de la casa,  
ladrando por tres días como buscando ayuda.

II

«Criarlos no es  
darles solamente de comer, hay que vivir  
para ellos, pasearlos, estar atentos  
a una riña callejera, verlos de golpe  
transformarse en fieras

frente a otros perros y saber  
separarlos cuando clavan sobre el lomo  
de alguno un dentellazo. En la manada  
se conocen y se cuidan, aunque a veces  
parecen enemigos. Quizás siempre lo son,  
pero se olvidan».

### III

«La pasión es un código de dos  
tan distintos que en común  
se inventan algo», dijo y que su propio  
amor no fue otra cosa más que un artificio.  
«No hay solución mejor que un tinto para eso,  
después de la segunda copa uno empieza a verse  
parecido al otro  
y el sexo es como el vino, borrachera»  
Creí entender su bronca. «De pronto quien te deja  
es un extraño, ¿o no? Como cualquiera.  
Nadie se aguanta una distancia así.  
Solo como un perro andar rascando  
tu hueso en algún sitio de la tierra.  
No es para mí».